

Aquí cerquita

El Sahuímaro: una comunidad pesquera entre el Mar de Cortés y un bosque de sahuaros

Contexto: el sahuaro es mucho más que un *emoji* (🌵).

Es quizá el símbolo más representativo del estado de Sonora (no por nada los jóvenes sonorenses se lo tatúan tan a menudo). Se trata de un cactus con una estructura tubular central de la que emergen a su vez ramas tubulares. Es una figura imponente y vertical en un paisaje por lo demás, bastante horizontal. Tardan décadas en alcanzar su típica altura de 12 metros. La “urbanización” de ciudades como Hermosillo ha hecho casi imposible su supervivencia dentro del contexto urbano, así que la promesa de un bosque con cientos de ejemplares intactos, silvestres, me cautivó de inmediato.

Iniciamos nuestro viaje en Hermosillo. Éramos cuatro mujeres incluyendo a mi madre y a mi abuela. Yo era la más joven y la única que no conocía el lugar. Nos guiaba sobre todo Miriam, oriunda de la costa y amante de las aventuras que se salían de la norma. Después de unos 40 minutos en carretera, dimos una vuelta a la izquierda que me pareció arbitraria. A continuación, la recreación del diálogo dentro del vehículo:

—¿Era en este arbusto seco o en el siguiente?

—No, no. Todavía faltan tres arbustos secos porque acabamos de pasar la casa blanca sin puerta.

Dimos vuelta a la izquierda en un punto que yo vi idéntico a todos los demás que ya habíamos pasado, y comenzamos un camino de tierra que parecía no ser recorrido con frecuencia —y decirle ‘camino’ es demasiado generoso—. Pasaban los minutos y cada vez era más difícil que el carro avanzara. Estábamos rodeadas por un paisaje desértico que parecía salido de un capítulo de *Breaking Bad*. Dudé de mis guías. “Nadie se ubica por ramitas en un trayecto de cien kilómetros”, pensé. Pero, finalmente, apareció: primero uno, luego otro. Hasta que finalmente el terreno irregular se cubrió de sahuaros por ambos lados del auto. Había chaparros y altos, rechonchos y delgados, unos picoteados por quién sabe qué animal, otros erguidos como orgullosos, al parecer inmunes al sol de las 2 de la tarde.

Quedé maravillada ante el espectáculo. Pero, para mi sorpresa, seguimos avanzando.

—¿No veníamos a ver los sahuaros? —pregunté.

—Sí, pero más adelante está el pueblo. Ahí dejamos el carro.

—¿El pueblo? —dije sin esperar respuesta.



Fig. 1 - El paisaje en ese terreno entre la carretera y el pueblo costero.

El carro siguió avanzando a duras penas hasta encontrarse con dunas de unos 6 metros (aunque sabemos que el tamaño no importa). Detrás de ellas se ocultaba el mar. Habíamos llegado a la costa.

Nos estacionamos a un lado de las dunas, cerca de unas cuantas caravanas y diversas viviendas con una cosa en común: su organización giraba en torno a la comida. Se veían estufas, hornos, leña, cuchillos, todo tipo de utensilios... Más que habitantes, era un pueblo de comensales.

Desde la parte superior de las dunas podía verse el mar por un lado y los sahuaros del otro. Era como si me hubieran hecho un resumen de Sonora: aquí está la playa, este cúmulo de arena se llama duna y por allá están los cactus de la región. Una vista de postal. También se veían, un poco más adelante, ejemplares de otro gran símbolo sonoreño: los *pick-ups* estacionados entre las viviendas.



Fig. 2 - No recomiendo usar Converse para subir dunas.

Bajamos de las dunas y fuimos a la playa. Además de las gaviotas y unas cuantas lanchas mar adentro, estábamos solas. Poco a poco, las lanchas se acercaron a la orilla. Bajaron de ellas varios hombres con la pesca del día. Nos saludaron y, sin perder el tiempo, llevaron su botín a una mesa improvisada bajo un techo de palma en medio de la arena, a unos cuantos pasos de nosotras.



Fig. 3 - El Sahuímaro.

Desde el principio fueron amables ante nuestras preguntas. Eran de la comunidad del Sahuímaro, se dedicaban a pescar para después vender su producto a restaurantes de Guaymas y Hermosillo. Conservaban una parte para consumo del pueblo.

—¿No les harta comer tanto pescado? —preguntó mi abuela.

—Nombre, doña —dijo uno de ellos.

Los observamos filetear su pesca al tiempo que platicaban. Noté que guardaban las vísceras en una cubeta.

—Son para las gaviotas —me dijo uno de ellos.

Se llenó la primera cubeta, uno de los pescadores la tomó y vertió las vísceras sobre la playa. De inmediato, apareció un grupo enorme de gaviotas hambrientas. Fue como ver uno de esos videos de tiburones destazando un animal (o tal vez un *T-rex* devorando una cabra, al estilo de *Jurassic Park*). Concluí que las gaviotas eran cosa seria y no las quería de enemigas (Ni siquiera el único perro que deambulaba la zona les hacía frente). Naturalmente, me ofrecí a llevarles la siguiente cubeta.



Fig. 4 - Peligrosamente cerca de las bestias.

Después de varias cubetas arrojadas, el sol comenzó a caer y los pescadores se preparaban para regresar a sus casas. Nosotras también teníamos que volver a la ciudad. Nos despedimos. No intercambiamos nombres en ningún momento. Nos regalaron dos langostas que habían pescado “accidentalmente”. Los restaurantes de la zona no les compraban nunca langosta, nos explicaron, que porque preferían las que venían de la Baja. Aceptamos.

Dejamos la playa, pasamos las dunas y nos subimos al carro. Atravesamos el bosque de sahuaros, ahora teñido de naranja y rosa, los colores del atardecer sonoreense. Ese día vi sahuaros, dunas, el Mar de Cortés, gaviotas rabiosas, *pick-ups*... Pero, sin duda, mi parte favorita fue la calidez de los habitantes. Y es que lo más cálido de Sonora no es su clima, sino su gente.